

quiero pensar en ello es porque me proporciona la ocasión de dar gracias al cielo y sentirme feliz y orgullosa de tener tal hermano.

Una mirada de alegría, como la de los ángeles cuando conducen ante el trono del Altísimo al pecador arrepenido, asomó á los ojos de Enriqueta, juntamente con lágrimas de felicidad inefable.

— Mi querida Enriqueta — dijo Morfin, después de una pausa — no estaba preparado para esto. Si no entiendo mal dice usted que deja su parte de herencia para que con la parte que John también deja se lleven á cabo esos buenos propósitos.

— Sí señor — contestó Enriqueta — dejo mi parte, para que se incorpore á la de mi hermano en este acto de justicia. Puesto que nuestros sufrimientos, nuestras esperanzas y deseos han estado siempre reunidos ¿no podré ser compañera de mi hermano en este acto?

— Me guardaré bien de negar á usted este derecho — contestó Morfin.

— Podremos contar con la amistad de usted para esto ¿no es verdad? — añadió Enriqueta. — Cuento con ella.

— Valdría yo mucho menos de... de lo que me atrevo á creer que valgo, si no diera á usted esa seguridad. Cuente usted conmigo absolutamente. Guardaré el secreto : doy á usted mi palabra. Y si, como todo lo hace suponer, se halla reducido mister Dombey á la extrema necesidad que he dicho, cumpliré los deseos de usted y de su hermano.

Dióle Enriqueta muchas gracias y estrechó francamente su mano.

— Enriqueta — dijo mister Morfin conservando la mano de su interlocutora entre las suyas — sería

ridículo que pretendiera yo explicarla el alcance del sacrificio que usted se propone. Temo que también lo sería el recomendarla que pusiera límites á su grande generosidad. Si tal hiciera, tal vez aminorase la nobleza de su admirable resolución. Únicamente diré á usted que me honra escogiéndome por intendente suyo y que en mí tendrá usted un obediente amigo.

De nuevo le dió gracias miss Carker y se despidió.

— ¿Vuelve usted á su casa? — dijo Morfin — permítame usted que la acompañe.

— No; esta noche no — contestó Enriqueta. — No vuelvo á casa ahora. Tengo que hacer una visita. ¿Quiéreme usted que nos veamos mañana?

— Muy bien — contestó Morfin — Mañana iré á su casa. Pensaré, entretanto, qué procedimiento será el mejor para nuestros fines. Piénselo usted también, querida Enriqueta, y... y así pensará usted un poco en mí, por enlace de ideas.

La acompañó hasta el coche que estaba esperando á la puerta y al volver luego á su habitación murmuraba : « Somos siervos de la costumbre; nada más que esto. Y yo tengo la desagradable costumbre de ser un viejo solterón ».

El violonchelo estaba en el sofá, entre las dos sillas desocupadas. Lo cogió de nuevo y se puso á tocar delante de la silla en que había estado sentada Enriqueta. Patética y suave era la expresión que comunicaba á los sonidos arrancados al instrumento; pero aun resultaba esta expresión harto pálida comparada con la de su rostro al mirar á la silla. Emocionado, tuvo que acudir al remedio del capitán Cuttle, esto es, á pasarse la manga por la cara. Por grados, sin embargo, fué poniéndose el violonchelo al unísono con el pensamiento del artista y entonces se introdujo

melodiosamente en el *Harmonious Blacksmith*. De este modo identificados el ejecutante y su instrumento siguieron hasta la media noche. Cuando Morfin se sentó á la mesa para cenar, el violonchelo, recostado en una esquina del sofá, latente aún de armonías, parecía mirar de soslayo á la silla desocupada guiñándola maliciosamente un ojo.

El cochero condujo el carruaje de Enriqueta por unas calles que evidentemente acostumbraba recorrer. Así llegó á un suburbio donde se alzaban diferentes casitas, de aspecto muy tranquilo, rodeadas de jardinillos. El coche se detuvo delante de una de estas casas, y bajando Enriqueta tiró de la campanilla de la verja. Al momento salió á abrir la puerta una mujer, de aspecto triste y mirada pensativa, que hizo una reverencia y echó á andar guiando á Enriqueta á través del jardín hasta la casa.

— ¿Cómo sigue la enferma? — preguntó miss Carker.

— Bastante mal, señora. Tengo miedo de que acontezca un fatal desenlace. A cada paso me recuerda á mi prima Bessey Jane.

— ¿En qué concepto?

— En todos conceptos. La única diferencia consiste en que Bessey Jane era un niña y esta enferma es una mujer; pero mi prima llegó á las puertas de la muerte lo mismo que ahora llega esta desgraciada.

— Pero me dijo usted que iba mejor — repuso compasivamente Enriqueta — y eso nos debe dar esperanzas, mistress Wickam.

— ¡Ah! gran cosa son las esperanzas para quien es capaz de tenerlas — repuso mistress Wickam — pero yo carezco de ese ánimo.

— Trate usted de animarse.

— Imposible. Además, aunque me hallase dispuesta al buen humor la soledad en que me encuentro me impondría seguramente la tristeza. Pero no puedo estar alegre. La poca alegría que tenía la perdí en Brighton hace algunos años y ya no he vuelto á tener otra.

Y efectivamente, es siempre la misma mistress Wickam, la sucesora de la nodriza Polly en el cuidado de Pablito; la pobre mistress Wickam que confesaba haber perdido el buen humor en casa de la muy amable mistress Pipchin. Excelente es el viejo sistema, que una dilatada práctica autoriza y que consiste en elegir las más lúgubres y desagradables personas para instructoras de la juventud, postes indicadores de la virtud, matronas, enfermeras y demás cargos semejantes. Este sistema era el que servía de base á la buena reputación de mistress Wickam, acreditándola como de extraordinarias cualidades, merecedoras de admiración y de respeto.

Mistress Wickam acompañó á Enriqueta, por una empinada escalera hasta una habitación muy agradable y muy limpia, de donde pasaron á otra habitación débilmente alumbrada. En la primera de estas habitaciones estaba sentada una anciana cuya mirada parecía fija en la ventana sin atender á cosa alguna del interior del cuarto. En la segunda habitación se encontraba, tendido en el lecho, el espectro de un cuerpo — de un cuerpo que en cierta noche invernal y lluviosa había desafiado la intemperie. — Con dificultad podría conocerse á no ser por la abundosa cabellera negra que contrastaba con la blancura del rostro y de las ropas.

¡Oh qué ardientes ojos y qué semblante inanimado! Aquellos ojos se tornaron con ansiedad hacia la puerta,

al entrar Enriqueta, pero la cabeza no se pudo levantar de la almohada.

— Alicia — dijo con amabilidad la visitante — esta noche vengo con retraso.

— Con retraso viene usted siempre para mí, aunque venga usted muy temprano.

Enriqueta se había sentado á la cabecera de la cama y puso una mano encima de otra mano de la postrada y sufriente Alicia.

— ¿Está usted mejor?

Mistress Wickam, que estaba derecha á los pies de la cama, como un desconsolado espectro, movió decidida y vivamente la cabeza haciendo señales negativas.

— Poco importa — contestó Alicia tratando de sonreirse. — Mejor ó peor hoy, no es más que un día de diferencia, acaso no tanto.

Mistress Wickam, impulsada por su carácter serio, manifestó su aprobación con un gemido. Y después de dar unos golpecitos en la colcha, como palpando en averiguación de si los pies de la enferma estaban ya rígidos, fué en busca de unos frascos que había encima de la mesa; parecía decir para sus adentros « ya que estamos aquí, vamos á dar el medicamento. »

— No — dijo Alicia hablando en voz baja á miss Carker — no me queda casi nada de vida: las marchas, los remordimientos, los trabajos, las tormentas exteriores y las tormentas interiores han consumido mi existencia.

Hablando de este modo tomó la mano de Enriqueta y se tapó la cara con ella.

— Algunas veces — continuó — me hago la ilusión de que voy á vivir y á poder demostrar á usted

mi agradecimiento. Pero es una ilusión que se desvanece muy pronto. Más vale así, para acabar.

¡Qué diferencia entre la manera como tenía ahora la mano de Enriqueta y aquella otra manera como la tuvo en la negra noche! Menosprecio, ira, desconfianza, osadía, mirad aquí. Este es el término.

Cuando mistress Wickam hubo agitado suficientemente los frascos, dió la medicina á la enferma. Mientras ésta la tomaba, la enfermera arrugaba los labios, fruncía las cejas, movía la cabeza, dando á entender que todas las torturas imaginables no la harían confesar que cabía esperanza en aquel caso. Mistress Wickam esparció por la habitación unos polvos desinfectantes con el mismo aire que si echase tierra en una tumba, y hecho esto se marchó de la habitación — tal vez para participar de algún banquete fúnebre en lo profundo de la casa.

— ¿Cuánto tiempo hace — preguntó Alicia — que la previne de lo que había hecho y que la avisaron que era tarde ya para ir en seguimiento suyo?

— Más de un año — contestó Enriqueta.

— ¡Más de un año! — exclamó la enferma — ¡Meses y meses que me ha traído usted aquí!

— Sí, eso es — asintió Enriqueta.

— Que me ha traído usted aquí, en fuerza de dulzura y cariño — añadió Alicia — ¡A mí, á mí me ha humanizado usted con sus angélicas acciones!

Enriqueta se inclinó hacia la enferma y la tranquilizó afectuosamente. A poco, sin soltar Alicia la mano de su protectora pidió que entrase en la habitación su madre.

Enriqueta la llamó varias veces; pero la anciana estaba tan sumamente absorta en su contemplación,

mirando á la ventana, que no oía. Tuvo que salir Enriqueta en su busca.

Alicia volvió á tomar la mano de su protectora y haciendo señas con el dedo á su madre la dijo :

— Madre, cuente usted lo que sabe.

— ¿Esta noche, hija mía?

— Sí, esta noche — contestó Alicia con acento solemne.

La vieja, con vivas señales de zozobra, de remordimientos y dolor, pasó al otro lado de la cama y arrodillándose para acercar su rostro lo más posible al de su hija, exclamó :

— ¡Mi hermosa criatura!

¡Qué voz fué aquella, al contemplar la pobre forma humana, yacente en el lecho!

— Cambiada desde hace mucho tiempo, madre. Marchita, desde hace largo tiempo. No se aflija usted ya por ello.

— Mi hija se pondrá mejor, mi hija se pondrá bien y volverá á estar muy hermosa.

Alicia sonrió tristemente, mirando á Enriqueta la apretó más la mano, pero no dijo una palabra.

— Sí, se pondrá mejor — repitió la anciana levantando, amenazadora, la mano — se pondrá buena y con su hermosura asombrará otra vez, más hermosa que todas las mujeres. Sí, sí lo digo — añadió con apasionamiento, como disputando con algún contradictor invisible. — Mi hija ha sido echada, expulsada, pero podría envanecerse con elevados parentescos. Sí, con altos parentescos. Para tener parientes no se necesitan los anillos nupciales ni los clérigos. Que se me presente mistress Dombey y yo presentaré, en ella, la prima hermana de mi Alicia.

Enriqueta miró á los ojos de la enferma y vió en ellos la afirmación de que era cierto lo que oía.

— ¡Qué! — exclamó la vieja haciendo un movimiento de cabeza que parecía gesto vanidoso. — Que soy vieja mucho más por mi género de vida que por los años; pero yo también he sido joven, tan joven como cualquiera lo haya sido y guapa, más guapa que muchas de las que tienen la pretensión de serlo. Yo era linda chica, en mis tiempos : yo lo sabía y no era sola en conocerlo. El padre de mistress Dombey y un hermano de este caballero iban frecuentemente de Londres á mi país : eran los más apuestos y galanes de cuantos caballeros veíamos en aquellos lugares. ¡Dios mío, Dios mío, qué lejos se han quedado los años! Los dos hermanos ya murieron : el padre de Alicia fué el primero en desaparecer de la vida.

Levantó un poco la cabeza y miró á la cara de Alicia, como si el recuerdo de su propia juventud fuera unido con el recuerdo de la juventud de su hija. Luego la vieja se tapó la cara con las manos, clavados los codos en la cama.

— Se parecían los dos hermanos tanto — prosiguió la vieja — que casi no se diferenciaban más que por la edad, y no mucho, pues no había entre ellos más que un año de diferencia. Si hubiera visto usted á mi hija al lado de la otra, como yo la he visto, habría notado que ambas se parecían también muchísimo, salvo la distinción que establece la ropa y la nacida de su existencia, tan diversa. ¡Oh! la semejanza ha desaparecido y es mi hija — mi hija nada más — la cambiada!

— Todo cambia, madre, todos cambiamos, cada uno por su turno.

— ¡Turno! — exclamó la vieja — ¿Por qué ha de

ser el de mi hija? ¿Por qué no el de la otra? Su madre sí que estaba cambiada; más que yo, á pesar de su colorete. Pero su hija, al menos su hija, era hermosa. ¿Qué he hecho yo, peor que lo que ella hizo, para que sea mi hija, solamente mi hija, la que se marchita?

Lanzó la vieja otro grito agudo y se precipitó á la habitación donde primero estaba. Pero volvió al momento, con vacilante andar y acercándose á Enriqueta la dijo.

— Esto es lo que me ha pedido Alicia que cuente. Nada más que esto. Lo averigué hallándonos un verano en Warwickshire. Pero el conocimiento de estos hechos no podía servirme de nada. Unicamente me hubieran servido para pedir algún dinero; pero no lo habría permitido Alicia: me hubiera matado, antes que consentir la demanda. También ésta — añadió poniendo la mano en el rostro de su hija y retirándola en seguida — también ésta es altiva; no lo parece ahora, pero lo es sobremanera.

¡Ah, ah! ya volverá mi hija á resplandecer por su belleza y á ser más hermosa que todas las mujeres!

Marchóse otra vez á la habitación inmediata: reía-se y era su risa más horrible que su grito de desesperación; más horrible que las incongruentes lamentaciones con que había terminado su relato; más horribles también que el aspecto con que, sentada nuevamente, volvió á mirar á la ventana.

Alicia seguía con los ojos fijos en Enriqueta. Y sin soltar su mano, dijo:

— He querido que supiera usted esto, porque puede ser que la explique, en algún concepto, la insensibilidad de que tanto me acusan. Porque son

muchas veces las que en mi vida poco honrosa me han acusado de faltar á mis deberes. Al menos ha de reconocerse que también hay quien ha faltado á otros deberes para conmigo: cosechaban conforme á lo sembrado. Pero ya está muy lejos todo esto. Pertenece al pasado y no tiene para mí más valor que el de un sueño. Cada vez que me lee usted algo me parece que se pierden más en lontananza aquellos recuerdos. ¿Quiere usted leer otra vez un poquito?

Enriqueta iba á retirar la mano para coger el libro; pero Alicia la retuvo un momento más añadiendo:

— No se olvide usted de mi madre. Si algo tengo de qué perdonarla, verdaderamente la perdono. También ella me perdona á mí. Sufre en su corazón. No se olvidará usted de ella ¿verdad?

— No me olvidaré nunca, Alicia.

— Un momento aún. Vuélvame la cabeza, para que pueda mirarla á usted mientras lee.

Así lo hizo Enriqueta. Y leyó; leyó en el libro eterno, libro escrito para todos los rendidos de cansancio y los pesadamente cargados; para todos los desgraciados, los caídos, los desdeñados en su corazón: leyó la Historia Santa, la Historia en que el ciego, el lisiado, el paralítico, el mendigo, el criminal, la mujer manchada por la culpa, los alejados de todas las satisfacciones de la vida, encuentran un consuelo que ni el orgullo, ni la indiferencia, ni los sofismas podrán aminorar ni en un átomo; mientras el mundo exista: leyó los hechos de Aquel que tuvo para todo el linaje humano, para todas sus esperanzas y desconsuelos, desde el nacimiento hasta el sepulcro, desde la infancia á la vejez, una compasión tierna, un interés no interrumpido por todos los sufrimientos y miserias.

— Volveré — dijo Enriqueta cerrando el libro; — volveré mañana, por la mañana, temprano.

Los penetrantes ojos que la miraban á la cara se cerraron un breve instante : luego se abrieron, y Alicia besó y bendijo á su protectora.

Aquella mirada siguió á Enriqueta hasta la puerta : y cuando se cerró brilló en ellos un resplandor suave.

Nunca más se desviaron. Alicia se puso una mano en el pecho, murmuró el sagrado nombre que había oído en la lectura y la vida se borró de su rostro como luz que se aleja.

Y allí no quedó ya, en el lecho, más que la ruina de la mortal vivienda, que azotó la tormenta; no quedó más que la abundosa cabellera negra que el aire sacudió duramente una noche de invierno.

## CAPÍTULO LIX

### LA RECOMPENSA

Otra vez ha experimentado grandes cambios la gran casa de la lóbrega calle, lugar donde se deslizó la infancia de Florencia. Siempre es una gran casa, á prueba del vendaval y de la lluvia; no hay brechas en sus tejas, no se ha roto nada en sus ventanas, no se han abierto grietas en sus muros. Y sin embargo es una ruina : hasta las ratas huyen de ella.

Mister Towlinson y sus colegas en servidumbre no quieren dar asenso á los rumores que llegan hasta ellos. La cocinera dice que no se deshace el crédito de la casa, gracias á Dios, así como quiera : y Towlinson añade que está esperando oír el día menos pensado que ha quebrado el Banco de Inglaterra ó que hacen almoneda de las joyas de la Corona. Pero pronto llegan la Gaceta y Perch. Y Perch trae consigo á mistress Perch para charlar del asunto en la cocina pasando agradablemente el rato.

Cuando ya no puede haber dudas respecto al acontecimiento, la inquietud de Towlinson consiste en que la quiebra no vaya á ser de cosa pequeña : que á lo menos ascienda á cien mil libras. Á esto contesta Perch que con seguridad pasa de eso; ¡ya lo creo